

El problema de la casa en que vivimos

MILAGROS EZQUERRO

Enfoques para un problema

Desde la cueva a la suite de un hotel de lujo, hay una larga serie de soluciones para resolver la necesidad de protegerse de la intemperie. Y hay también, por debajo, una filosofía de la vida y de los valores.

La vivienda tiene su historia, una historia que es reflejo de las situaciones por las que atraviesan los pueblos y las culturas, un índice, incluso, de la mayor o menor preocupación por los derechos humanos.

Se ha dicho que una civilización puede medirse por las condiciones de vivienda que tolera. Se ha dicho que todos los males sociales desaparecerían si la humanidad estuviese convenientemente alojada. Se ha dicho que el problema de la vivienda era imposible de resolver.

Muchas horas de trabajo han sido dedicadas al análisis de la repercusión que tienen determinados tipos de vivienda, sobre la conducta humana. Los cambios de estructura y tamaño de la familia, las relaciones humanas, la creciente tasa de divorcios, la agresividad en sus distintas manifestaciones, el incremento de algunas enfermedades psíquicas y somáticas, incluso el ocio, que algunos consideran como un subproducto del urbanismo, han sido minuciosamente investigados. Las conclusiones podrán considerarse más o menos válidas, pero el esfuerzo apunta hacia la búsqueda de una fórmula que permita plantear correctamente el problema, para abordarlo de la manera más eficaz.

Como respuesta, se abre el abanico de las teorías más divergentes: hay quien postula un liberalismo estricto que deja la provisión de viviendas en manos de la empresa privada. O quien defiende a ultranza la intervención estatal y la socialización de recursos. También está el que aboga por el cooperativismo como una panacea. Y los que enfocan el análisis en la tecnificación de la construcción y la calidad del diseño. O el que intenta situar el problema en un marco sociológico, pero reduciendo las consideraciones sociales a criterios biológicos. Y ¡cómo no! el utópico cuya tesis es un reto a

la imaginación, la iniciativa y la energía muscular del usuario, en un intento de hacerlo salir de su pasividad consumista.

Es posible que la mayoría de las alternativas ofrecidas sean inviables, que presenten algunos fallos, o que resulten demasiado revolucionarias. Probablemente susciten una avalancha de polémicas apasionadas. Pero argumentar una crítica implica ponerse en marcha, y eso siempre es preferible a quedarse anquilosado en el cuchitril de las soluciones inservibles.

La casa ideal: esa desconocida

Hemos partido de esa necesidad humana y universal que es la de procurarse una casa, una estructura física que satisfaga una serie de necesidades biológicas y sociales del grupo familiar. Pero las necesidades surgen, y cuando han sido satisfechas, desaparecen sólo para dar paso a otras diferentes. Lo que se entiende por vivienda aceptable, no es, ni mucho menos, una constante. Un país relativamente desarrollado exige hoy una cantidad de condiciones que rebasan con creces lo que el país más avanzado se hubiese atrevido a soñar hace unas décadas. El ideal de vivienda es un poco como la zanahoria delante del burro: un estímulo que anima a avanzar, aunque no nos preocupe demasiado si lo estamos haciendo en la dirección correcta. Por eso, a veces, el ideal se convierte en ídolo y nos esclaviza con sus exigencias, obligándonos a tributar ante él la mayor parte de nuestro presupuesto, la totalidad de las energías del ama de casa, y la espontaneidad de los hijos, en aras de unas cotas de confort, que no siempre se corresponden con la mejora real de nuestra vida familiar.

La libertad del consumidor, en lo que respecta a la elección de su vivienda, es una fantasía moruna, de la que sólo consiguen excluirse unos pocos afortunados. La mayoría, sea precisamente que ha sido objeto de estudio por parte de los expertos, se queda apabullada entre la necesidad de resolver su cobijo y los condicionantes que le obligan a abdicar de sus

pretensiones, para adaptarse a lo que le parezca menos malo.

Los que deciden por nosotros, los que definen qué es lo que debemos querer, se defienden de las posibles acusaciones de intrusismo, respaldándose en que, a través de sus conocimientos técnicos, se esfuerzan en reinterpretar nuestros deseos. Ellos se quejan del desconocimiento de nuestras propias necesidades reales, dicen que la mayoría de las personas no sabemos interpretar un plano, que encubrimos nuestras aspiraciones con una capa de prejuicios, que no valoramos la expresión estética de los proyectos de construcción a gran escala, que nos quedamos anclados en soluciones que se han quedado canijas hace mucho tiempo, y que, además, no somos capaces de considerar todas las alternativas del mercado. Y no les falta razón. Pero, a pesar de las potenciales virtudes de sus construcciones, el hombre urbano no termina de identificar ese tipo de arquitectura con su concepto de hogar ideal.

Tal vez por eso va cobrando vigencia el escape hacia las casas asilvestradas, la tendencia por rehabilitar las viviendas populares de las aldeas semiabandonadas, en un posible intento por recobrar su identidad individual. Porque, parece ser, que la comunicación humana encuentra un cauce más favorable en la relación horizontal que facilitan esas construcciones huérfanas de funcionalismo.

¿Vivimos en una casa?

Vivimos en una casa. ¿La llenamos de vida? ¿Contribuye a que nuestra relación de familia sea mejor?

Hay quien llama casa al cobijo hecho con latas y pedazos de plástico, y desafiando a todas las condiciones materiales, se siente el amo de un verdadero hogar. (Es difícil, pero por lo visto, posible, sobre todo si el clima acompaña). Y hay quien vive acogotado en su dúplex, auténtico centro de tortura, donde la intimidad ha sucumbido a manos de un proyecto que ha olvidado que las personas **querían vivir** allí, y no pasarse el día representando una comedia, de cara al vecindario.

La casa acoge o esclaviza de mil maneras a sus habitantes. Y si las paredes oyen, todo lo que encierra, habla y muy elocuentemente. La vivienda es uno de los reflejos más expresivos de las personas que la utilizan: la dimensión estética, los recursos de imaginación, el nivel económico, las aficiones, el estilo de vida y el orden de valores se ofrecen desnudamente a los ojos del observador. Probablemente por eso hay visitas que no pasan del salón, a menos que la casa «pueda enseñarse», mientras que otras tienen vía libre para circular por todas partes.

Una experiencia curiosa es recorrer un bloque de apartamentos, diseñados inicialmente iguales. La sorpresa puede ir, desde encontrarse con la misma litografía clavada sobre un tresillo idéntico al de los demás pisos, a la redistribución de espacios y funciones que destrozaría los esquemas del arquitecto más flexible.

Ahora no están de moda las decoraciones estilo «gran mansarde», pomposas y circunspectas, aderezadas para que

los amigos se queden corroidos de envidia. Los expertos se han rasgado las vestiduras, dictaminando, a renglón seguido, que nuestro hogar tiene que dar la imagen de «algo vivido». Y eso, que parece tan fácil, acaba resultando ser una nueva trampa, porque es necesario recurrir a determinadas argucias, que son las que dan el punto justo, sin correr el riesgo de pasarse. ¡Como si «vivir» demasiado una casa fuera una vergüenza social! Se impone un aire joven, desinhibido y natural, que puede ser tan ficticio como las falsas sillas chippendale y las lámparas con colgarejos. Que nosotros, doblegados bajo la dictadura del consumismo, seguiremos dócilmente la doctrina de que el calor de hogar lo proporciona una moqueta de color caldero.

Lo que dicen los niños. Respuestas a una encuesta

Ellos también viven en la casa. No intervienen en la elección, claro, pero en cambio, no sólo son capaces de interpretar un plano, sino de dibujar el de su vivienda, e incluso acompañarlo con comentarios expresivos:

«Dormitorio de los padres: allí es donde duermen y hablan de lo importante. Salón para que cenén los invitados. Cuarto de juegos: es donde se guardan los trastos.»

Las bibliotecas presentan muchas posibilidades de uso: desde ver la televisión, ser cuarto de juegos o dormitorio. Lo único que no se menciona es el destino que sería de esperar.

Hay también ejemplos de organización jerárquica: «salón donde están los chismes estereofónicos, es donde se reciben las visitas importantes. Salita de la tele, que es para recibir a las visitas menos importantes.»

En algún caso aparece el despacho dedicado a la madre! Ya era hora. Y el hall, que un niño considera lugar muy apto para ver la televisión, en la mayoría de los planos se debate entre la fonética y la ortografía, convirtiéndose en un «gol», seguramente por aquello de corearlo cuando se logra traspasar la puerta.

Una explicación evocadora: «cuarto de baño de toda la familia, lo utilizamos todos, o sea, cuando conseguimos llegar antes que los otros». Uno no puede menos que imaginarse las carreras por el pasillo y la sufrida puerta, convertida en instrumento de percusión, bajo los apremiantes aporreo de los miembros de la familia menos ligeros de piernas.

El denominador común es el cuarto de la tele, menos en un comentario «revelador» que dice: «cuarto donde hacemos la vida, aquí charlamos, jugamos y comemos. Lo usamos todos. Tiene una ventana muy grande.»

Todas las casas tienen ventanas para asomarse al mundo, para dejar pasar la luz y el aire nuevo. Pero las hemos anulado con la presencia acaparadora de esa ventana electrónica que está entronizada en nuestro hogar. Las imágenes del exterior nos las proporciona ella en exclusiva. Pero, tal vez, podríamos intentar la aventura de abrir nuestra ventana de verdad, para descubrir con nuestros niños toda esa maravilla inédita, de imagen, de color y de vida, que es ver dormirse el sol al atardecer... aunque lo haga sobre el inerte bosque de hormigón.

El problema de la casa en que vivimos

ACTIVIDADES PARA LA ESCUELA DE PADRES

La siguiente encuesta tiene como objetivo un estudio a fondo del tema: «La familia y la vivienda». Cuanta mayor sea la recogida de datos y más amplio el espectro social que se recoja en el muestreo, ofrecerá una posibilidad de estudio más completa, para ser analizada posteriormente en el grupo de escuela de padres.

La encuesta está presentada así: pregunta (p) contenido de la pregunta (c) importancia, objetivo que se pretende (i).

- 1.—p: ¿Qué significa para ti la vivienda?
c: Matizar las diferencias entre el mero espacio físico y lo que representa para cada uno de nosotros como punto de confluencia familiar, marco de convivencia o centro de conflictos.
i: Poner de relieve si la vivienda es, en realidad, algo lleno de vida, un aparcamiento o una checa.
- 2.—p: ¿Qué criterios han fundamentado la elección de tu vivienda?
c: Establecer los factores decisivos (condicionamientos económicos, deseo de independencia respecto de la familia o amigos, o deseo de cercanía, comodidades, buenas comunicaciones, etc.).
i: detectar la escala de valores con arreglo a la cual optamos por una vivienda determinada.
- 3.—p: ¿Prefieres una vivienda propia o alquilada?
c: Definir intereses económicos y psicológicos (deseo de sentirse propietario), ventajas y desventajas en ambos casos.
i: Saber si se concibe la vivienda como algo temporal o permanente.
- 4.—p: ¿Se adapta tu vivienda a las necesidades actuales de la familia, o es ésta quien debe adaptarse a los condicionantes de la vivienda?
c: Posibles redistribuciones de los espacios de la vivienda para dar acomodo a nuevos habitantes (niños o abuelos).
i: Analizar los factores que favorecen o dificultan la vida de la familia.
- 5.—p: ¿Cuál es la habitación preferida de: el padre, la madre, los hijos...?
c: Definir las preferencias de los distintos miembros de la familia.
i: Saber si se tienen en cuenta los deseos de todos o la mayoría se aviene a los criterios de uno solo.
- 6.—p: ¿Qué consideras más importante, las zonas de uso común o el que cada uno tenga su hueco?
c: Explicar qué se entiende por ambos conceptos.
i: Saber si la concepción de la vivienda es una suma de individualidades o un planteamiento de vivencia en grupo.
- 7.—p: ¿Qué importancia tiene la decoración de tu casa?
c: Presupuesto en muebles, alfombras, cortinas, recubrimientos murales, etc.
i: Repercusión en el presupuesto total de la familia.
- 8.—p: ¿Casa nueva o casa antigua?
c: Valorar los aspectos positivos y negativos de los dos tipos de vivienda (funcionalidad, mejor aprovechamiento del espacio, estética, materiales de construcción empleados en cada caso, más metros cuadrados, etc.).
i: Descubrir las ventajas que puede ofrecernos un tipo de vivienda que rechazamos a la hora de la decisión.
- 9.—p: Terrazas ¿cubiertas o no?
c: Aire libre en el piso, espacio desaprovechado, problemas de limpieza, clima apropiado o no.
i: Saber, al elegir un piso con terraza, hasta qué punto es eso lo que queremos o si lo que me interesa es una habitación más.
- 10.—p: ¿Tenéis teléfono en vuestra casa? ¿Por qué?
c: Conocer esa circunstancia y saber si se debe a una imposición o a una opción.
i: Preferencia a la comunicación o a la independencia.
- 11.—p: ¿Qué te gustaría reformar en tu casa?
c: Necesidad de adaptación a las circunstancias familiares, mejoras estéticas, reparaciones de instalación, etc.
i: Saber si las obras que realizamos son un deseo de mejorar las condiciones de la vivienda o una imposición consumista «porque todo el mundo está de obras».
- 12.—p: ¿Te gustaría vivir en un tipo de urbanización que tenga zonas comunes de recreo y servicios?
c: Elementos comunitarios que te gustaría que tuviese y por qué.
i: Determinar si se concibe la vivienda como un centro de intimidad para recluirse o si se valoran además las relaciones sociales que puedan surgir del trato vecinal.
- 13.—p: ¿Qué uso tiene la mejor habitación de tu casa?
c: Cuáles son los criterios para decidir que esa habitación es la mejor, orientación, superficie, decoración, etc.
i: Descubrir qué importancia tiene en nuestra vida de familia, aquéllo a lo que dedicamos la habitación mejor.
- 14.—p: ¿Quién se ocupa habitualmente de la casa?
c: La madre, una persona contratada, ayudan las niñas, colaboran todos en tareas concretas...
i: Saber si la casa se concibe por toda la familia como algo que importa a todos.
- 15.—p: ¿Qué tipo de información utilizas a la hora de elegir tu vivienda?
c: Posibles fuentes de información para conocer las posibilidades del mercado: agencias de compra-venta, anuncios de la prensa, porteros, amigos...
i: Considerar si se tienen en cuenta todas las posibilidades antes de tomar una decisión.
- 16.—p: Si tu presupuesto te lo permite ¿Llamarías a un decorador para que colaborase en el arreglo de tu casa?
c: Se recurre a un profesional como para otras tantas cosas, o por sentirse incapaces de hacerlo bien, para deslumbrar a las amistades...
i: Saber si la decoración se entiende como una mera expresión de la manera de ser de los habitantes de la casa, o con una dimensión social y estética que está por encima.
- 17.—p: ¿Te gusta tener plantas en tu casa?
c: Elemento decorativo, añoranza de la naturaleza, moda, trabajo, etc.
i: Índice del grado de sensibilidad por la propia naturaleza.
- 18.—p: ¿Es importante que cada hijo tenga su habitación propia?
c: Desarrollo de la independencia, sentido comunitario, compartir.
i: Conocer el grado de independencia de que disfrutan los hijos dentro de casa.
- 19.—p: ¿Qué sucede cuando el cuarto de estar tiene que convertirse en dormitorio fijo para un miembro de la familia?
c: Falta de incapacidad del durmiente, falta de comunicación del resto de la familia.
i: Determinar quién cede a quien para adaptarse a la situación.
- 20.—p: ¿La cocina, grande o pequeña?
c: Sustitución del comedor, razones de limpieza, funcionalidad... prejuicios.
i: La mujer sirviente o un miembro más de la familia que también quiere participar en la conversación mientras acaba de freír las patatas.
- 21.—p: ¿Animales en casa?
c: Qué tipo de animales y en qué tipo de viviendas, razones de compañía, seguridad, etc., higiene.
i: Cómo se toma la decisión: animales sí o no, y qué animales.
- 22.—p: ¿Te gusta tener un sitio donde trabajar habitualmente en casa?
c: Detectar el grado de relación o intimidad del hogar.
i: Qué intereses privan: los individuales o los relacionales.
- 23.—p: ¿Vivienda de pisos o unifamiliar?
c: Vivir en la ciudad y con una comunidad de vecinos, o vivir fuera en un entorno propio o independiente.
i: Valor familiar del célebre aforismo inglés: «mi casa es mi castillo».
- 24.—p: Clasificar en orden de importancia los espacios de tu casa.
c: Se trata de conocer la jerarquía de valores.
i: Reflexionar sobre la concepción que tenemos sobre la vivienda.
- 25.—p: ¿Qué condiciones te impone tu barrio?
c: Ambiente social, urbanístico, transportes.
i: Nivel de integración en la vida del barrio.